

# EL POST DEL PARROCO

## ESPERANDO LA LUZ

*Esta semana, el seminarista Nick nos ofrece una maravillosa reflexión para estos días de Adviento.*

*Feather*

La universidad donde estudié teología era conocida por su increíble diversidad. Muchas de las aulas donde eran mis clases estaban llenas de pared a pared de seminaristas y religiosos de casi todos los continentes y procedencias imaginables. Detrás de mí se sentaba un pequeño contingente de escandinavos, muchos de ellos de Finlandia y Noruega. Rápidamente me hice amigo de uno de los seminaristas, Matthias, durante nuestras numerosas pausas para tomar café y horas de estudio.

Matthias es de un pequeño pueblo llamado Kolari, en el extremo norte de Finlandia. No es precisamente una ciudad bulliciosa. En Finlandia sólo hay 8 iglesias católicas, lo que significa que Matthias y su familia tenían que conducir más de 3 horas hasta la parroquia más cercana para practicar su fe. Matthias creció siguiendo la tradición familiar de criar huskies y renos en la granja familiar junto a su padre. A menudo bromeaba con Matthias preguntándole si Kris Kringle era o no un mal vecino.

Como Matthias me contaba a menudo, crecer en este paraíso invernal tenía sus inconvenientes. Me contó que durante tres meses al año, su pueblo no veía la luz del sol debido a lo al norte que está. Un día a mediados de noviembre, el sol se ponía y no volvía a salir hasta finales de febrero. Durante esos meses, los habitantes de Inari vivirían en una fría oscuridad, con temperaturas que a menudo caían por debajo de los -30 F. ¡Burr! Eso es frío militar.

Un día le pregunté a Matthias cómo llevaban su familia y sus amigos esos largos periodos de oscuridad. Le dije: "Debe de ser muy aislante vivir tanto tiempo sin sol". Nunca olvidaré su respuesta. Dijo con una sonrisa: "Intentamos no centrarnos demasiado en la oscuridad, todo el mundo sólo habla del día en que llegaría la luz del sol". ¡Qué respuesta! Me sorprendió el espíritu de gran expectación tan presente en la comunidad de

Matthias. No dejaban que las tinieblas les sacudieran, sabiendo con seguridad que acabarían. Tenían esperanza en sus corazones. Toda la comunidad tenía los ojos puestos en la luz del sol que se acercaba y que cambiaría por completo su vida cotidiana.

Ojalá tuviéramos un poco más de este espíritu cuando nos encontramos con la gran oscuridad que a menudo nos rodea. Esta oscuridad puede adoptar muchas formas para cada uno de nosotros, pero la reconocemos cuando la vemos. Hay oscuridad en el mundo, en nuestro país y, a menudo, en nuestros propios corazones. La mayor lección que saqué de este pequeño encuentro con Matthias es que la oscuridad no es permanente cuando sabemos que la luz está llegando. A menudo me engaño haciéndome creer que la oscuridad de la incertidumbre, la duda y la decepción son permanentes en mi vida. Pero Dios tiene un plan. Basta con echar un vistazo a lo que el profeta Jeremías nos dice este fin de semana: "Jerusalén, quítate tu manto de luto y miseria; vístete del esplendor de la gloria de Dios para siempre".

Quizá en este tiempo de Adviento podamos recordar un poco más que esta oscuridad no tiene la última palabra. Quizá podamos centrarnos más en el día en que vendrá la luz, el niño Jesús. Es este Jesús quien pone fin a la oscuridad en la que tan a menudo nos encontramos, es este Jesús quien conquista todas las cosas, y es este Jesús quien sostiene nuestras vidas en sus manos sanadoras. La corona de Adviento que encendemos en nuestros hogares y en nuestra parroquia es un recordatorio de esta increíble realidad.

Rezo para que este Adviento pueda ser para nosotros un tiempo de gran esperanza y expectación por un futuro de luz que este pequeño niño nos ofrece. Rezo para que la celebración de la venida de nuestro Salvador sea un tiempo en el que nuestros corazones se llenen un poco más de esperanza de que el Señor es una gran luz para la oscuridad que tan a menudo parece interminable.

